

FERNANDO CORTÉS

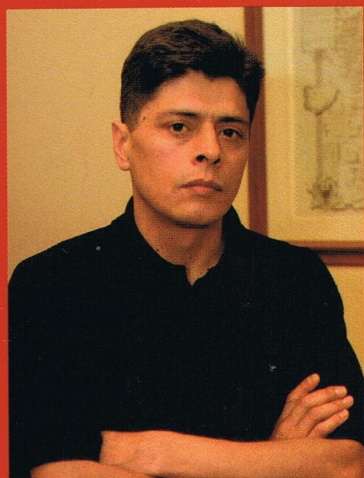
A los 20 años de

La cacería de

El Mexicano

**¿Se suicidó o lo mató la DEA?
¿Dónde están los 8 mil millones
de dólares que guardaba?**


intermedio



FERNANDO CORTÉS ARÉVALO

Autor de dos libros relacionados entre sí: *Rodríguez Gacha, El Mexicano* (Intermedio Editores, 1993) y *El asesinato de Galán* (Planeta, 2009). En esta tercera producción, *La cacería de El Mexicano*, actualiza uno de los temas en que es experto: la víctima y el victimario en el contexto de la época del narcoterrorismo. Cortés lleva veinticinco años de ejercicio profesional, como periodista y colaborador, en *El Tiempo*, *La República*, *Cromos*, *La Prensa*, la Unidad Investigativa de Caracol Televisión, *El Espectador*, *Semana*, *Número*, Univisión.com, el Ministerio de Cultura y la oficina de prensa de Presidencia.

José Gonzalo Rodríguez Gacha, *El Mexicano*, quería ser presidente de la república, tener una mina de esmeraldas, comprar los mejores caballos finos, organizar un temible ejército personal y vencer, al mismo tiempo, a la DEA, el DAS, el Ejército, la Policía, al general Maza Márquez, al cartel de Cali, a la guerrilla y a los capos de las esmeraldas.

Se le acusó de asesinar a varios dirigentes políticos, explotar carros bomba y patrocinar a los paramilitares. La revista *Fortune* lo consideró como uno de los hombres más ricos del mundo. Se adueñó de miles de hectáreas de buenas tierras, le compró una motocicleta de oro a su hijo y guardó millones de dólares en contenedores y caletas. Luego de su muerte a manos de la Policía, se tejieron diversos rumores acerca de cómo realmente aconteció.

Este libro reconstruye esta historia sanguinaria y extravagante con base en testimonios de primera mano. Se cuentan detalles sobre cómo en los últimos años los gUAQUEROS invadieron sus propiedades –algunos incluso financiados por el gobierno– para buscar las riquezas que sepultó en sus mansiones y haciendas, y se ofrecen los más recientes indicios sobre el destino de su fortuna y su participación en los crímenes más atroces de nuestra historia, cuyos casos permanecen abiertos, tales como los asesinatos de Galán y Lara Bonilla, el avión de Avianca y muchos más.



CONTENIDO

CAPÍTULO I. OPERACIÓN COVEÑAS

Persecución en caliente.....	19
El anzuelo que picó Gacha.....	24
Atando cabos sueltos.....	27
La corazonada de Maza	29
Misiones del servicio.....	34
Unos baños de mar	38
Con alguna satisfacción.....	42
Piezas del rompecabezas.....	47
Secreto de Estado	50
Le decían Pocillo	51
Rueda una bola de nieve	55
Otras hipótesis	56
Película en trabalenguas	60
Persecución televisiva	63
Confundidos de cadáver.....	67

Ilegalmente en la base.....	72
“Quiso el destino”	77
El telefonazo del Navegante	79
Lo que dijo el mayor Claudio	82
Acusaciones del cartel	84
Versión de los esmeralderos.....	85
Historia de los paramilitares	91
La decisión de Catalino.....	94
Una foto a vuelta de correo	95
“Ahí va el patrón”	99
“O Molina o yo”	101
La operación Catalino.....	103
Él supo que lo traicioné	105
Bitácora de un marinero	108
Entrevista con el general Gallego.....	119
Comienza la cacería	122
Gacha se vuela de Turbaco	126
Por tierra, mar y aire.....	129
“Me tocó verlo muerto”	134
“Solo participamos nosotros”	135
Se había convertido en un peligro	137

CAPÍTULO 2. TRISTEMENTE CÉLEBRE

Dinero y pistolas	141
230 mil dólares por minuto	143
Veintiún haciendas y dinero contante y sonante	145

Calles con nombre de mujer.....	151
Presintiendo el fin	153
Grandes amores	155
Gacha pobre, Gacha rico.....	158
Chanzas pachunas.....	159
Negociante desde niño.....	161
Tuvo más tierras que el Incora	162
El coquero pobre.....	163
Firmado, Pambelé.....	165
Gacha y las esmeraldas	168
La tierra prometida	170
Tras los pasos de Efraín.....	171
Gacha reclutado por Molina	173
Entre paleros y guaqueros	175
Un futuro promisorio	177
Ahí viene Julio.....	179
Regreso a Bogotá	181
El Man y la marimba.....	182
De hippies a contrabandistas	185
Los narcos se toman la sierra.....	186
El primer “plante” de Gacha.....	189
Testimonio de Juan Castellanos.....	191
Fin de la bonanza	196
La princesa Susú.....	197
El Sombrerón en Villacoca	201
“Buen cabezazo, patrón”	203
La coca se tecnifica.....	205
Tiamina contra insectos.....	207
El hombre del sombrero ladeado.....	208

El impuesto del gramaje	211
Leche Chiva, Joropo y Mil Amores.....	214
El carro colorado.....	217
El ocaso de la marimba	219
Gacha conoce a Lehder.....	222
El más mexicano de todos	224
“Positivo servicio al país”	225
A cuarenta kilómetros de USA	227

CAPÍTULO 3. PRONTUARIO CRIMINAL

Alianza para matar	235
Algunos casos del prontuario	239
Asesinato de Rodrigo Lara Bonilla.....	239
Asesinato de Guillermo Cano Isaza	240
Asesinato de Jaime Pardo Leal	241
Masacre de Sasaima.....	241
Asesinato de José Antequera.....	242
Masacre de Altos del Portal.....	242
Asesinato de Luis Carlos Galán.....	243
Bomba del avión de Avianca	243
Carrobomba contra el DAS	244
El Rólex de la discordia	245
Escapulario y reprimenda obispal.....	249
Caballo con alas	252
Por un reloj empieza la guerra.....	255
Los ojos y los oídos	257
Cruz de madera.....	260
Todos contra Gacha	261

Campesino con dinero	266
Esto no se queda así	273
El crimen de Pardo Leal.....	274
El caso Galán	279
Los papeles de Leyva	284
Ofrecemos desmovilizar	289
Organigrama de Maza	291
Que tiemblen	293
Preguntas sin solución	296
Conexión Gacha.....	297
Mencionado por Delgadillo	298
Captura de Santofimio.....	300
Maza a indagatoria.....	302
Habla Vladimir.....	303
Confabulación criminal.....	304
Veinte años después	306
Armas asesinas	308
Se abre el expediente.....	311
Los hijos de papi Byrd.....	312
Negocios top secret.....	313
Aparece Klein	316
Eso le da risa.....	318
Cena en Jerusalén.....	320
El famoso Gonzalo.....	320
Acusado después de muerto	322
Nunca se supo cómo entró el arma	324
Un muchacho sensible	326
Vaya a cine y después rece.....	328
Presión y muerte en la calle	330

CAPÍTULO 4. EXTINCIÓN DE DOMINIO

El maletín negro.....	335
El chalé de Suba	337
La mansión del Chicó	339
Acuerdo secreto con USA	342
“Muchas gachas”	346
El fin de una fortuna	347
La guaca de Cuernavaca.....	349
Cuota inicial	351
Bonanza de guacas	351
El capitán Uscátegui.....	353
Río de dólares.....	355
Ofensiva jurídica.....	356
Vacas flacas	359
Paisaje lunar	360
Destino final	362
Corridos prohibidos.....	364

GACHA Y LAS ESMERALDAS

Al arribar a Bogotá, en enero de 1968, Gonzalo Rodríguez Gacha se alojó en una vivienda del barrio Ciudad Jardín Sur, donde residía una familia de paisanos que le habían prometido ayudarlo para que obtuviera un empleo en la ciudad. A pesar de las expectativas, El Mexicano nunca se sintió bien allí. Con el paso del tiempo, recordaría que cuando sus protectores lo invitaban a compartir el desayuno, le preguntaban siempre: “¿Ya conseguiste empleo?”. Frase que a él le sonaba a: “¿Cuándo se va a ir?”.

Quienes por entonces lo conocieron recuerdan que fue vendedor de carne en un expendio capitalino. En cierta ocasión el propietario del establecimiento juzgó que las cuentas no cuadraban. Sin preocuparse por cerciorarse de si sus sospechas correspondían o no a la realidad, procedió a conducir a un lugar solitario al inexperto empleado y a propinarle una golpiza que lo dejó con el labio hinchado y un ojo amoratado.

lograr por fin un empleo como garitero de un bar en el sector de San Victorino, pagó con su primer sueldo el alquiler de una alcoba en un modesto hotel del centro de la ciudad y abandonó la casa de sus benefactores. Se dedicó después a buscar, calle por calle, al hombre que lo había apalancado para ajustarle cuentas. Nunca dio con su paradero.

Después de algunos meses de penurias, Rodríguez Gacha se hizo amigo de un grupo de comerciantes de la calle Once de San Victorino, quienes le ayudaron para que vendiera botines y zapatos de cuero y gamuza, y posteriormente manejara su propio negocio.

Al respecto, el abogado Gustavo Salazar Pineda (quien lo defendió durante el sonado episodio judicial del crimen de Jaime Pardo Leal) afirma que con sus limitados recursos económicos y la astucia e inteligencia de un provinciano campesino, inició una nueva vida citadina en el populoso sector comercial de San Victorino, gracias a un modesto negocio de zapatos que fue su primer negocio.

Uno de sus amigos íntimos y compañeros de parranda fue el cacharrero Heberto Gómez Restrepo (oriundo del municipio antioqueño de El Santuario), con quien deambulaba de bar en bar, buscando el amor furtivo.

En opinión del abogado Salazar, Rodríguez Gacha no frecuentaba por entonces cafés de mala muerte, sino dos bares famosos del concurrido sector de San Victorino, conocidos como El Río Sena y El Partenón.

Cuando intentaba sentar cabeza y apartarse de la vida bohemia, probó suerte de cacharrero en Medellín, pero la carrera de negocios resultó ser un rotundo fracaso. Regresó a Bogotá, donde logró que unos amigos le hicieran un préstamo.

LA TIERRA PROMETIDA

Era 1969 y Rodríguez Gacha quería mejorar a cualquier precio su paupérrimo nivel de vida. Invirtió parte del préstamo en un lote de morrallas, chispas de esmeraldas sin mayor valor que había adquirido en la calle Trece con carrera Séptima, tradicional mercado de las gemas en la capital.

Esta transacción le permitió pagar cumplidamente la deuda, le reportó sus primeros cien mil pesos de ganancias y de paso, lo lanzó definitivamente al negocio de compra-venta de piedras de esmeraldas procedentes del occidente de Boyacá.

El mundo de las esmeraldas lo atraía irresistiblemente. Su primer contacto con los hombres de las minas ocurrió cuando era mesero en un establecimiento público en Pacho.

Rodríguez Gacha no ocultaba su admiración ante el barroche desplegado por los comerciantes de gemas que procedían de Muzo y hacían escala en la localidad, donde exhibían sus cadenas de oro, sus fajos de billetes, sus ar-

monetas Land Rover, sus revólveres nacarados y sus oscuras mujeres.

El Mexicano se apasionaba al oír contar a los mineros un millón de historias extraordinarias sobre una tierra prometida donde la riqueza no le pertenecía al alcalde o al político de turno, sino a quien demostrara agallas y sangre fría al gozarse de la fama de ser el más veloz en el momento de desenfundar y accionar una pistola Browning o una metralleta marca Madzen.

TRAS LOS PASOS DE EFRAÍN

Otro episodio que llamó poderosamente su atención fue la muerte, en Bogotá, el nueve de junio de 1965, del bandolero y jefe militar de la zona esmeraldífera, Efraín González Vélez, luego de un operativo militar en el cual actuaron dos batallones militares, y que fue comandado por el general José Joaquín Matallana, quien había derrotado a las FARC en el municipio tolimense de Marquetalia.

Por tal motivo, en cuanto llegó a Bogotá, Rodríguez Gacha visitó la humilde vivienda en la cual había perecido el mítico delincuente. Allí leyó una frase escrita en la pared, que decía: "Aquí libraron su lucha dos valientes batallones contra un cobarde que se defendió con una escopeta".

La ocasión propicia para conocer más de la vida y las habilidades que se le atribuían a Efraín González, se le dio cuando conoció en la Avenida Jiménez de Bogotá a Alfonso

Caballero y luego a Gilberto Molina, dos esmeraldenses que contaban ya con cierto poder dentro del competitivo mundillo de las gemas, quienes habían visto muchas veces cara a cara, al temible bandolero conservador.

Efraín González (el primer modelo de carne y hueso de El Mexicano) había nacido en Jesús María, Santander, y emigrado muy joven, junto con su padre Martín, a la zona cafetera del Quindío, tras producirse el deceso de la mujer de este último.

Luego de sus tiempos de soldado y en momentos en que arreciaba la Violencia política de finales de los cincuenta, González acribilló en Génova, Quindío, a un prestigioso líder político liberal, a quien se le endilgaban multitud de crímenes de familias conservadoras de esa región del país.

Buscados al milímetro él y sus gatilleros por las autoridades y luego de fugarse espectacularmente de un nutrido cerco militar en la hacienda El Recreo, en su tierra natal, los más importantes patronos del occidente de Boyacá le solicitaron a Efraín que hiciera presencia en la zona esmeraldífera y tomara el control del orden público allí.

Así lo hizo Efraín González. Aplicó mano de hierro y en cuestión de meses nadie dudaba de que era el jefe militar de esa región.

Al igual que muchos años después ocurrió con Rodríguez Gacha, un halo de leyenda envolvía las historias de las mil fugas del bandolero. Se decía, por ejemplo, que cuando las

Los militares estaban a punto de capturarlo, Efraín González se transformaba en una flor, gracias a que lo protegían fuerzas sobrenaturales que algunos campesinos atribuían al mismísimo diablo.

Tras producirse la muerte de Efraín González, nuevamente el control militar en las minas de esmeraldas quedó a la deriva. La región fue golpeada por una escalada de bandolerismo sin precedentes. Los guaqueros morían por decenas en los socavones de Muzo, Otanche y Peñas Blancas. Boca de Monte y la Curva del Diablo se convirtieron en los dos últimos kilómetros de la muerte, ubicados sobre la carretera que conducía a Chiquinquirá.

Posteriormente en estos lugares (donde cayeron bajo las balas alrededor de trescientas personas que viajaban en camperos oreja de perro y jeta de sapo) se erigirían imágenes de la Virgen del Carmen, donde hoy los comerciantes de gemas rezan un Padrenuestro y un Avemaría antes de proseguir su camino, con la esperanza de exorcizar los tiempos pavorosos de las masacres, y se despojan luego de algunos de sus fajos de billetes, los cuales depositan en urnas que solamente pueden ser abiertas con llaves especiales por los párrocos de las poblaciones vecinas.

GACHA RECLUTADO POR MOLINA

Los patrones de los yacimientos de esmeraldas se vieron obligados a intervenir para controlar la guerra indiscrimi-

nada. Quienes ejercían el mayor poder eran por entonces los integrantes del grupo conocido como La Pesada: los hermanos Isauro y Olmedo Murcia, seguidos por los Sánchez, Virgilio Ávila, Vidal Álvarez, Parmenio Molina y —unos escalones más abajo— Gilberto Molina, futuro jefe de las esmeraldas y jefe y protector de Gonzalo Rodríguez Gacha y Julio Rincón.

La situación creada era un rompecabezas. Pero la solución estaba a la mano: ¿quién mejor para suceder a Efraín González que su lugarteniente, Humberto El Ganso Ariza? Los patronos no lo dudaron. El Ganso era el gallo.

No sucedió así. No solo El Ganso fue incapaz de inclinar la balanza del poder a favor de quienes lo habían reclutado, sino que muy pronto se cambió de bando e inició contra sus jefes naturales la famosa guerra de comienzos de la década del setenta.

Ahora sí La Pesada estaba en aprietos. Gilberto Molina fue comisionado para viajar a la capital, con la misión de reclutar, en cada pueblo y en cada esquina, muchachos capaces de enfrentar a los gatilleros de El Ganso, quien tenía tras de sí a los hermanos de Efraín González (Valentín, Pepe, Heriberto y Absalón), además de una larga experiencia en el bandolerismo que lo perfilaba como el virtual vencedor de la contienda.

Ya en Bogotá, a Molina le llovieron ofertas. Dos días después, con él marcharon a la zona caliente de Muzo y

por empu...
La Pesca...
dos por la...
o Molina...
futuro re...
Rodríguez...

Rodríguez quince de los candidatos que lograron aprobar...
...amen. Uno de ellos era El Mexicano. Se cuenta que
...olina le preguntó porqué quería arriesgarse a viajar en
...minas de Boyacá. "Porque no le tengo miedo a la muer-
...te", contestó Rodríguez Gacha.

Rodríguez...
...a junio de 1970. Por primera vez y de cara a su destino,
...dependedor de zapatos veía con sus propios ojos la zona
...emeraldífera del occidente de Boyacá, luego de un viaje
...en escalas de 32 horas desde la capital del país, a bordo
...de una caravana de camperos jeta de sapo, los cuales, por
...instrucciones del patrón, tomaron la vía más inusual (por
...llame y no por Chiquinquirá), con el objetivo de que a El
...Ganso no le llegaran noticias sobre la nueva contratación
...de sus adversarios, quienes esperaban enfrentarlo con todo
...aparato, humano y militar, posible.

ENTRE PALEROS Y GUAQUEROS

Molina fa...
de recia...
s capac...
tenía tra...
ín, Pep...
tencia...
venzan...

parte de este vínculo inicial del tipo jefe-escolta, Molina
...Rodríguez Gacha se identificaban por su origen común.
...ambos provenían de hogares humildes, guardaban aspira-
...ciones similares y habían nacido en dos pueblos gemelos de
...la provincia de Rionegro: Molina era oriundo de Tudela,
...municipio que colindaba con Pacho, tanto en costumbres
...como en geografía.

Dos día...
Muzoy...

La única que los separaba eran la amplia trayectoria del
...numero en las minas, y la edad. En el momento de produ-

cirse el arribo de la mencionada caravana a los yacimientos esmeraldíferos, Molina contaba con 32 años y El Mexicano veintitrés. Es decir, casi una década de diferencia, factor que imponía las reglas del mantenimiento de la línea de mando. Por ser mayor y más experimentado, se suponía que Molina estaba llamado a permanecer por siempre varios escalones más arriba de su subordinado.

Mientras Julio Rincón, un minero que trabajaba bajo la tutela de los jefes de La Pesada, se dedicaba a instruir a Rodríguez Gacha sobre el desenvolvimiento de la guerra y a ponerlo al tanto sobre los escondites del enemigo, se decidió que, en sus ratos libres, El Mexicano participara en las labores de búsqueda de piedras, gestión a la que se dedicaban en los socavones y los cauces del Río Minero alrededor de tres mil personas (entre hombres, mujeres y niños), provenientes de todos los rincones del país.

En realidad no sólo se trataba de una labor agotadora en extremo sino también peligrosa, aunque tenía sus ventajas. Había en aquella época dos grupos de mineros perfectamente definidos: paleros y guaqueros. Los de las palas removían la marmaja que descendía por el río y aguzaban la vista en busca del destello verde. A pocos se les dio el albur. Para la gran mayoría transcurrieron dos o tres décadas de oraciones no escuchadas y sudor sin frutos. La fortuna nunca los favoreció. Decidían entonces construir una casa de madera y legar el oficio de palero a sus hijos y nietos.

Los guaqueros prefirieron, pica en mano, descuajar montañas, tumbar roca, armar túneles y buscar la veta en las profundidades de las 72 hectáreas que ocupaban los yacimientos de explotación. Algunos alcanzaron a descubrir la veta, pero murieron allí mismo, bajo la descarga de una subametralladora o una escopeta guacharaca.

Otros lograron mantener el secreto y la lealtad de quienes los rodeaban. Lo hicieron inteligentemente: buscaron la protección de un potentado y establecieron a su alrededor un impenetrable cerco de guardaespaldas, lo que les permitió extraer de su hallazgo algún beneficio.

UN FUTURO PROMISORIO

Ni la pica ni la pala eran la vocación de Rodríguez Gacha. Definitivamente su fuerte no era permanecer con la cara tiznada y embutido entre un socavón las veinticuatro horas del día. El Mexicano iba por más. Le atraían los grandes negocios, las armas y el crimen.

Como en las películas mexicanas de Luis Aguilar que se proyectaban en las paredes de las casas de Otanche y Coscuez, había optado por practicar tiro al blanco disparándoles a las monedas en el aire, a los picos de las botellas o a los avisos de gaseosas que colgaban en las cantinas.

En las minas nadie dudaba de que El Mexicano hubiera podido enfrentarse en igualdad de condiciones con El Mosco

Espitia, célebre bandido de la zona esmeraldífera que como en los filmes del charro Miguel Aceves Mejía, vestido de negro, lucía bigotes y patillas hasta la quijada, entre las rancheras de moda y deambulaba con un par de pantalones colgando de su cinturón.

Esto hizo que muy pronto Rodríguez Gacha se convirtiera en el muchacho predilecto de Gilberto Molina y en alguien a quien los Murcía auguraban un promisorio futuro. Así empezaba el novato a alimentar el deseo de convertirse en un patrón hecho a imagen y semejanza de sus protectores.

Quería ser el hombre que protegía y ofrecía los servicios públicos. El juez que dirimía en conciencia y decidía cuándo debería iniciarse la guerra y contra quién. El cacique a quien consultaban el gamonal, el alcalde, el párroco, el político de turno, el jefe policial y el comandante de los gatilleros.

Juan Castellanos (un minero de Otanche a quien Rodríguez Gacha le profesó cierto nivel de amistad) recuerda que El Mexicano estaba siempre atento a las transacciones que realizaban entre sí los propietarios de los yacimientos y aprendía con gran rapidez.

El Mexicano se admiraba por los millones que circulaban de bolsillo en bolsillo, mientras que los de abajo, los de la mina, apenas si aspiraban a obtener lo justo para alquilar por su cuenta el burdel de moda y gastarse todo el dinero en mujeres y licor. Cierta vez Rodríguez Gacha se negó a

asistir a una de aquellas parrandas y le dijo a Castellanos: "No me gustan las fiestas. Yo lo que quiero es ser dueño de una mina de esmeraldas".

AHÍ VIENE JULIO

Hacia mediados de 1972, cuando la guerra entre los Murcia y El Ganso Ariza estaba en su apogeo, un hecho fortuito cambió el hilo de los acontecimientos y se constituyó en el factor que hizo que los jefes de La Pesada impusieran sus condiciones sobre la pandilla de El Ganso Ariza.

Con mucho de razón se decía que Julio Rincón era el hombre más afortunado de la zona esmeraldífera, pero a la vez el más disipado de todos. El que se "enguacara" entre dos y tres veces anuales, se había convertido en un acontecimiento normal. Se cuenta que una noche oscura se despertó y salió afuera para orinar. Y ahí, entre un bulto de marmaja dispersa, vio brillar una esmeralda gigante, azul, intensamente azul, como una gota de aceite.

Rincón destilaba suerte a flor de piel y, lo que es más importante, irradiaba esta suerte sobre sus amigos, sus socios y quienes lo circundaban. Unos y otros, patronos de arriba y mineros de abajo, se disputaban su compañía y tenían como norma protegerlo de los avivatos y bandoleros.

Sin embargo, la otra cara de la moneda dentro de la venturosa predisposición del minero era que así como podía desnudar una veta con extraordinaria facilidad, esfumaba

sus millones, en tiempo récord. Preferentemente gastaba en fiestas amenizadas por los trovadores de los yacimientos. "Ahí viene Julio, Julio Rincón, viene ofreciendo tragos de ron", decía una canción alegre al son de la cual bailaban los mineros del occidente de Boyacá.

Cuando Julio Rincón se "enguacó", en 1972, pertenecía junto con Rodríguez Gacha, a la cuerda de los hermanos Murcia y de Gilberto y Parmenio Molina. Se trató de una de las más importantes vetas descubiertas en la historia de las minas de Boyacá.

Pedro Claver Téllez (autor de varios libros sobre el tema y quien conoció a Julio Rincón) narra que el día del hallazgo éste olfateó la guaca en un corte (sitio de explotación) diferente al asignado a él y a sus coequiperos. Gilberto Molina entró en sospechas y decidió seguir de cerca al minero. Lo acompañaba Rodríguez Gacha. Poco después, Rincón descubría un impresionante nido de lingotes de gemas, los cuales fueron trasladados de lugar envueltos en papel periódico.

Tras cumplirse el código que obligaba a una repartición equitativa del botín entre los miembros de una misma "cuerda", a los patronos (especialmente a Parmenio y a Gilberto Molina) les correspondieron cerca de cincuenta millones de pesos. Con semejante riqueza entre manos los integrantes de La Pesada decidieron que había llegado la hora de buscar un acercamiento con el gobierno de Bogotá y de legalizarse.

Parte de este dinero sirvió para aplicarle el puntillazo final a El Ganso, a quien el proyecto de legalización no le favorecía en lo más mínimo (debido a su pasado delincencial) y quien amplió el escenario de la guerra al barrio Santa Isabel de Bogotá. A El Ganso se le atribuyó el crimen de Virgilio Ávila, uno de los miembros de La Pesada, asesinado en la capital del país.

REGRESO A BOGOTÁ

El Mexicano se benefició también con el hallazgo de Julio Rincón. Se creó que a Rodríguez Gacha le correspondieron alrededor de cuatro millones de pesos, dinero que recibió en el momento justo, porque el 19 de octubre siguiente le informaron que había nacido su hijo Freddy Gonzalo. Este hecho precipitó su viaje de regreso a Bogotá, donde se enteró que sus patronos le habían tendido una celada a El Ganso Ariza, quien fue capturado por las autoridades y recluido en la cárcel La Picota en 1973.

Las minas de Muzo, Coscuez y Peñas Blancas fueron militarizadas por el entonces ministro de Defensa Varón Valencia. Las tropas decomisaron allí 1500 armas y desalojaron alrededor de diecisiete mil personas que se dedicaban al saqueo y el bandidaje. Temporalmente se consolidó una pausa de paz al firmarse en Tunja un pacto de no agresión, auspiciado por los Murcia y los Molina, en el cual participaron como testigos el obispo de la capital boyacense y el comandante de la Primera Brigada del Ejército.

Dado que los yacimientos estaban atestados de soldados y el gobierno controlaba cada uno de los acontecimientos de las minas, Rodríguez Gacha comprendió que no eran los tiempos más propicios para regresar. Por el momento esta ya no era la tierra de las oportunidades.



182

LA CACERÍA
DE EL MEXICANO

Tras su primer viaje a las minas de esmeraldas en Boyacá, Rodríguez Gacha compró uno de sus primeros caballos, Danubio, e instaló los criaderos de Veraguas y La Hoya en Pacho, Cundinamarca, y La Tigra y La Gloria en Vistahermosa, Meta.

EL MAN Y LA MARIMBA

Si bien el papel de Rodríguez Gacha en la Sierra Nevada de Santa Marta y La Guajira durante la época conocida como de la Bonanza Marimbera (1972-78) no fue protagónico, los negocios que realizó en esta región del país (bajo el aus-

de soldados
ntecimientos
que no eran
el momento



Boyacá, Ro-
os, Danubio,
cho, Cundi-
, Meta

Nevada de
cida como
otagónica
bajo el aus-

picio de Juan Pablo Castellanos —uno de los pioneros del cultivo y el transporte de marihuana en Bahía Portete—, le permitieron a El Mexicano conocer a fondo el tejemaneje del tráfico de la Santa Marta Gold, variedad de yerba que se promovía en el exterior bajo el eslogan de “fume la mejor, fume colombiana”.

Aunque no logró multiplicar su capital tan rápidamente como lo deseaba, esta experiencia temprana en la costa Caribe le dio la oportunidad de conocer las rutas de exportación de la “mota” (marihuana) hacia Estados Unidos, rutas que luego puso al servicio del tráfico de cocaína, cuando a finales de los setenta y comienzos de los ochenta hizo contacto con las principales cabezas del cartel de Medellín (entre ellos Carlos Lehder) e internacionalizó las redes de su negocio multimillonario.

Aquellos viajes iniciales influyeron notablemente para que El Mexicano se apropiara de la distribución de alcaloides en el norte del país, donde con el tiempo se le llegó a considerar el más poderoso capo de la cocaína.

Al igual que Rodríguez Gacha, Juan Castellanos había decidido (terminada la guerra con El Ganso Ariza) abandonar las minas de esmeraldas. El Mexicano erigió en Bogotá sus primeros negocios de compraventa de autos de segunda, adquirió dos predios en Granada y Mapiripán, Meta, y se dedicó a la explotación ganadera y a la cría de caballos de paso fino. No hubo feria de importancia que no contara con su participación. Uno de sus primeros ejemplares,

Danubio, obtuvo varios galardones en festivales equinos realizados en Medellín y Bogotá. Mientras tanto, preparaba su triunfal regreso a Pacho.

Castellanos (conocido con el sobrenombre de El Polo hizo, por su parte, contacto con un grupo de narcotraficantes norteamericanos, quienes hacia 1969 habían llegado a Colombia procedentes de Boston y proveído a los hippies de la calle Sesenta de Bogotá de dosis de ácido lisérgico y mezcalina orgánica, sustancias que (en forma de estampetas) trajeron ocultas en las carátulas de los discos de The Beach Boys, The Cream y The Beatles.



Al instalarse en Bogotá luego del nacimiento de su primogénito, Freddy, El Mexicano fundó varias compraventas de carros usados.

DE HIPPIES A CONTRABANDISTAS

Cuando arribaron a Bogotá, estos melenudos estrafalarios se declararon seguidores de Aldous Huxley y Timothy Leary, este último un investigador universitario especializado en analizar los efectos del ácido lisérgico y considerado luego como el gran gurú de la cultura de la sicodelia.

De hippies convencidos, los visitantes pasaron a convertirse en contrabandistas, en cuanto descubrieron que la yerba colombiana y la cocaína (conocida en aquella época sólo en círculos muy cerrados) les reportaban grandes ganancias en tiempo récord.

El mercado criollo proveía toda clase de variedades. Aparte de la Santa Marta Gold (“cuya planta se rociaba con agnadepanela para mejorar la calidad de su sabor”, según publicó el diario *El Tiempo* en esa época), ahí estaban al alcance de los hippies La Negra de Manizales (“la de mejor bouquet, solo para privilegiados”), la Punto Rojo de Puerto Valdivia, Antioquia, y la Mango Biche de los Llanos Orientales, cultivada con gran esmero en Mapiripán, donde fue detenido durante algunas horas un pariente del clan Kennedy (sobrino de JFK), al verse involucrado en un caso de droga.

Uno de estos ex hippies, Charly, regresó poco después, ya no con el pelo largo y vestido con sus camisas de colores y pantalones botacampana, sino luciendo un traje de diplomático y trayendo consigo una maleta tipo Samsonite

repleta de dólares. Cuando un contrabandista norteamericano le pedía a un hippie criollo que le ayudara a conseguir un cargamento de marihuana de la Sierra Nevada le proponía:

—Por este trabajo te pago el veinticinco por ciento.

—¿Samsonite o diferido? —preguntaba el virtual contacto.

—Samsonite —respondía el contrabandista.

—Hecho.

Samsonite quería decir que la transacción se la pagaba por adelantado y que el dinero (que se lo entregaba todo en una sola maleta) correspondía al valor del ciento por ciento del cargamento, al costo del respectivo flete hasta la costa marítima o hasta una pista clandestina para aeronaves livianas, y finalmente que incluía también las ganancias que obtendría el ex hippie por arriesgarse a ir hasta la Sierra Nevada y regresar sano y salvo y con la carga intacta hasta el sitio convenido de antemano.

LOS NARCOS SE TOMAN LA SIERRA

Las condiciones estaban dadas para que la Sierra Nevada se convirtiera en el principal centro de producción mundial de la "mota". Con sus dos picos nevados (el Bolívar y el Colón) situados a una altura de 5.770 metros, la Sierra está catalogada como la montaña tropical más alta del mundo.

islas del mar. Es decir, con las más increíbles facilidades de transporte a cualquier lugar del planeta.

La sierra hacía parte de un parque natural de 383 mil hectáreas y se constituía en una reserva hidrográfica regada por un sinnúmero de ríos, riachuelos y quebradas, que se entrelazaban en una red que iba a dar hasta más allá de Nechacha. Es decir, conformada por un extensísimo territorio sin presencia del Estado, y por todas las vías fluviales sembradas para movilizarse sin mayores problemas hasta los recovecos de las costas de Dibulla o Punta Gallinas. Sin duda, la Sierra Nevada de Santa Marta era el sitio estratégico desde el punto de vista geográfico: cercano al mar y al desierto de La Guajira, y además con incontables caminos que apuntaban hacia lugares donde podía ser cargado con yerba un barco camaronero o aterrizar un DC-3 o un DC-6 de cuatro motores, sin el menor riesgo de que fueran detectados por las autoridades.

La inmensidad de la sierra reunía asimismo la fauna y la flora de los páramos, de los bosques de temperaturas frías y de las selvas húmedas de los climas cálido y templado. ¿Qué más se podía pedir? Tierra virgen, dotada de los climas perfectos para el cultivo de la marihuana en un ochenta por ciento de su jurisdicción. Tierra para que produjera la mota con mayor concentración de cannabinoles del mundo, parámetro con el cual aún hoy se mide la calidad de la yerba prohibida entre los insaciables consumidores de Estados Unidos y Europa.

Y finalmente, el temperamento de sus habitantes ancestrales. Considerados como diestros tejedores desde tiempos remotos, la tradición pacifista de los Koguis y los Arhuacos es ampliamente reconocida. Sus principios están representados en sus clásicas y célebres mochilas (tutu, en la lengua nativa), símbolos del equilibrio, la paz del mundo y la Madre-Tierra, comienzo y fin cósmicos de lo que existe.

Para los Koguis y los Arhuacos, la sierra es el ombligo del universo y —dentro de su cosmogonía— de su supervivencia depende el futuro del ser humano. Se trata de una sabiduría muy antigua que administran a su pueblo los mamos o Hermanos Mayores. Con estos antecedentes, los narcotraficantes se decían: estos indígenas no podían poner problema.

Inicialmente esto parecía ser cierto. A su llegada a la Sierra Nevada, algunos grupos de indígenas le dieron a la marihuana el tratamiento de planta divina que únicamente los mamos ofrecían a la hoja de la coca. La coca era sagrada para ellos. Sus hojas molidas se mambeaban en combinación con cal. Se utilizaban para los rituales o para nutrirse durante largas jornadas de caminatas. Llegó la marihuana y algunos indígenas que ingresaron al negocio terminaron vistiendo pantalones Terlenka, cadenas de oro y botas de caucho, y adquiriendo los vicios de consumo del extranjero: desde radiotransistores de pilas hasta neveras.

Otro factor externo también influyó. Con el concierto de rock de Woodstock y el conflicto generacional propiciado

Después de la guerra de Vietnam, el consumo de yerba entre los jóvenes contestatarios de Estados Unidos había alcanzado niveles inimaginables. Los contrabandistas exigían un mercado fuerte que reemplazara a los africanos de Túnez, Libia y Argelia (donde el cultivo de la marihuana se había prohibido en 1965), y al de México, cuyas mafias preferían traficar con tecata, una heroína criolla de pésima calidad.

Esto con un antecedente curioso. La marihuana había llegado a Colombia por equivocación. El gobierno de Mariano Ospina Pérez había importado las semillas de la cannabis sativa desde la India, con el propósito de obtener aceites a partir de la materia prima del arbusto del cáñamo. Y resultó ser nada menos que la Santa Marta Gold, la mejor exportación.

EL PRIMER “PLANTE” DE GACHA

Juan Castellanos fue uno de quienes aceptaron el maletín. Con el dinero en mano y dando la vuelta por Medellín, se dirigió a la Sierra Nevada de Santa Marta. Rodríguez Gacha se ofreció a acompañarlo en el primer viaje, tal vez porque desconfiaba del éxito de la aventura. Pero en cambio le entregó de “plante” (adelanto) a su socio dos millones de pesos para que los multiplicara. Así ocurrió. Tres meses después, mediados de 1973, el emisario regresaba a Bogotá con la noticia de que había “coronado” un cargamento de veinticinco mil kilos y de que a los gringos les había resultado imposible “tumbarlo” en el instante final de la transacción.

A partir de entonces y hasta 1977, Rodríguez Gacha se ocupó por mantener un contacto más o menos permanente con los marimberos. Mientras organizaba un viaje se adentro en busca del emporio de las fábricas de cocaína, telefoneaba desde Mapiripán o Puerto López para investigar cómo marchaban sus inversiones en las costas del mar Caribe.

Pero no se contentó con monitorear sus bases costeras con control remoto. Estuvo en algunos episodios de importancia de la bonanza de la marimba. Su figura aparecía en el embarque de cien mil kilos de yerba (cada uno adquirido a 250 pesos colombianos y vendido en Lousiana a 125 dólares). Se esfumó luego de la escena para reaparecer detenido por unas cuantas horas en el extremo norte de la Guajira. Y de ahí saltó a la mesa de Lucho Barranquilla o a beber whisky y comer friche (chivo frito) con los hermanos Cárdenas, poco antes de que los Valdeblánquez perpetraran contra ellos una masacre en Riohacha, de la cual se salvó El Mexicano por el milagro de unos escasos minutos.

A Rodríguez Gacha lo conocían en la costa atlántica con diversos sobrenombres. En la sierra los cultivadores de la yerba lo llamaban don Andrés, debido a que allí dijo llamarse Andrés González. Para los Wayúu era sencillamente El Man. En Barranquilla le decían, unos, el Cachaco, y los otros (sus amigos esmeralderos que sabían de su gusto por las rancheras y las pistolas), El Mexicano, que en

como se le conocía popularmente de tiempo atrás en los
asentamientos de esmeraldas.

TESTIMONIO DE JUAN CASTELLANOS

Juan Castellanos, quien posteriormente purgó una pena de
veintisiete meses en una cárcel de Estados Unidos por tráfi-
co de marihuana, relata que el primer viaje de Rodríguez
hacia a la costa atlántica, en la época de la Bonanza
Marimbera, lo hizo hacia finales de 1973:

No había regresado de mi primer viaje a Santa Marta,
cuando hice un gran negocio con un gringo, al que le llevé
hasta un barco camaronero (que estaba anclado en Bahía
Portete) un cargamento de diez mil kilos que compré en
La Horqueta. Este pueblo era como un centro comercial.
Los buenos trueques se hacían allí. Hasta este sitio llegaban
los propietarios de cultivos de la Sierra Nevada que ocupa-
ban hasta a quinientas personas. Ellos le decían a uno: 'Le
vendo diez, veinte o treinta toneladas de Gold. ¿Tiene el
billete?'. Uno sacaba entonces la maleta Samsonite y les
mostraba los dólares. Y listo.

El negocio contratábamos el transporte y la protección: cien
veintidós mulas y doce hombres bien mancados [arma-
dos]. En las estribaciones de la sierra había 1000 ríos, que-
bradas y caminos hacia Dibulla, El Pájaro, Bahía Portete
o Punta Sardinata. Lo más aconsejable era hacer el tramo
final a bordo de camiones-jaula. Una vez en las playas, a

altas horas de la noche y alumbrándonos con antorchas cien ó 150 indígenas vestidos con guayucos transportaban la marihuana hasta los barcos, en los cuales casi siempre flameaba la bandera de los Estados Unidos. Se prefería a los camaroneros porque eran parte del paisaje y pasaban desapercibidos en Colombia, las islas del Caribe, el golfo de México o las costas de Louisiana y la Florida”.

Primer viaje

“Rodríguez Gacha me había confiado un plante de dos millones de pesos. En aquel primer recorrido yo viajé con un grupo de gente del Tolima. Ellos habían vendido sus fincas cafeteras e iban a tentar suerte en tierras de una de las familias más poderosas del Magdalena. Muchos tuvieron que regresar con una mano adelante y otra atrás. Otros fueron apresados y los demás murieron en la guerra de los guajiros contra las familias de Barranquilla y Santa Marta. Estos últimos eran los capos poderosos. Los que tenían barcos y aviones propios. Los que manejaban por lo alto el negocio, la compra, el transporte y la venta mayorista en el exterior.

“Se contaba que los de Barranquilla ordenaban cuándo se prendían las luces del aeropuerto (Ernesto Cortissoz) y cuándo se apagaban. Cuando se apagaban era porque se lían los DC-3 rellenos de mota hacia los Estados Unidos. Y además contaban con ochenta o cien pistas a todo lo largo y ancho de La Guajira. Ese era el territorio bajo su domi-

mo. ¡Ay del que quisiera arrebatárselos! A mí me fue bien porque yo era un hombre de las minas de esmeraldas y teníamos fama de que no se nos arrugaba. Ahí me encontré con amigos de Otanche y Coscuez, contratados por los jefes de Barranquilla y a quienes nadie se atrevía a tocar, ni siquiera la policía o el DAS.

Las autoridades tenían en la mira a los que cultivaban y transportaban la marihuana. Pero se quedaban quietos cuando un patrón les decía: "Quédense quietos con este cargamento o con aquel fulano". A veces pasaban con sus helicópteros por encima de nuestras cabezas y seguían derecho, sin decir esta boca es mía. ¿Por qué? Porque la seguridad estaba celebrada de antemano. A mi regreso, le devolví a El Mexicano sus dos millones y le entregué otros dos. Él se dio cuenta de que el futuro estaba allá. Y se decidió a ir conmigo y otro grupo de las minas. Pero llevaba mucho miedo esa vez, porque no sabía en qué terreno pisaba y eso le disgustaba".

Los dos Luchos

El primer contacto lo hicimos a través de Víctor y Alejandro Valenzuela, dos hermanos tolimenses que corrieron cuatro o cinco cargamentos y a quienes los billetes se les salían por los bolsillos. Ellos empezaron trabajando con Yesid Palacios, luego pasaron a la cuerda de Lucho Barranquilla. Después se independizaron, al empezar la guerra entre los dos Luchos: Lucho Barranquilla (quien

empezó ofreciendo a los turistas de las playas radiotransistores, relojes, maní y enlatados importados que le regalaban los marineros, y luego consiguiéndoles a éstos paqueticos de marihuana para que se la fumaran en altamar), y Lucho Cabarcas Panamérica (un famoso lanchero de Santa Marta que terminó adquiriendo una isla rocosa donde construyó una casa que representaba la quilla de un barco de madera). Con los Valenzuela recorrimos la línea costera, desde el golfo de Urabá hasta Punta Gallinas.

“En el tercer viaje, El Mexicano empezó a actuar por su cuenta. Se hizo muy amigo del grupo de los Cárdenas, quienes se vinieron para Santa Marta, y de los Valdeblánquez, los que mandaban en Barranquilla. Eso fue poco antes de iniciarse la guerra entre las dos familias, guerra por una historia de amor entre Isabel Cárdenas y Héctor Valdeblánquez. Los dos clanes tenían ya sus diferencias por cuestiones de territorio. Los abuelos y los padres de uno y otro bando se oponían al romance. Cierta día los novios se fugaron. Parece que viajaron a las Bahamas. Nunca se conoció la suerte de la pareja”.

Se desata la guerra

“Uno de los Cárdenas (muy dado a la celebración después de que coronaba un embarque), salió de su casa, bastante ebrio, y desafió a un sobrino del jefe de la familia contraria. Ambos murieron, de tiro y tiro. Cada familia celebró su propio funeral en las salas de sus casas, localizadas a dos

cuadras y media una de la otra. Cuando los Valdeblánquez partieron para el cementerio, desde una esquina los Cárdenas dispararon contra la montonera. Cayeron otros tres. Al día siguiente, doce guajiros contratados por los Valdeblánquez, armados de metrallas, llegaron a la casa de los Cárdenas. Como la casa de éstos estaba construida en madera, les resultó fácil a los agresores agujerearla por los cuatro costados y acostar a cuatro del bando enemigo. Ya no había ataúdes en Riohacha.

“Ahí apenas empezaba esa guerra. Unos emigraron a Santa Marta y los demás a Barranquilla, hasta donde llevaron sus masacres. Yo creo que a ellos les parecía una diversión. Y las cuentas no se cobraban precisamente al “ojo por ojo y diente por diente”. No. Si caía uno de los Cárdenas, tendrían que morir dos de los Valdeblánquez, y viceversa. O los que más se pudiera. Y finalmente no se puede decir que alguno de los dos clanes hubiera ganado la guerra”.

Gacha se salva

Lo último que se supo fue que, casi veinte años después, a un nieto de los primeros Cárdenas: Hugo Nelson (un estudiante de trece años de edad que vestía su uniforme de colegio), lo mataron a la salida del plantel. El mismo Rodríguez Gacha se salvó de un tiroteo. Aunque nunca tomó partido en esta batalla, porque no le interesaba, en cierta ocasión estaba almorzando en casa de Alfonso Cárdenas Ducadt, a quien iba a comprarle un barquito.

Luego de la merienda, se despidió y se fue, y a los diez minutos morían todos los que lo habían invitado. Ni el DAS ni la Policía metían sus narices en el asunto. Se limitaban a recoger los cadáveres”.

FIN DE LA BONANZA

Durante el apogeo de la guerra entre los Cárdenas y los Valdeblánquez y tras el asesinato de Lucho Barranquilla, la figura de Rodríguez Gacha prácticamente desapareció del mapa de la Bonanza Marimbera. Por informaciones en poder de sus amigos, apenas se sabe hoy que por entonces había preferido dedicarse de lleno a sus fincas en los Llanos Orientales, aunque nunca dejó de visitar la costa caribe cada cinco o siete meses.

El Mexicano optaba por no entrar en detalles sobre aquellas aventuras. Pero en varias ocasiones, cuando bebía una copa de más y se sentía en confianza, narraba que logró trabar buena amistad con marimberos guajiros sin mayor influencia dentro del negocio, pero quienes —y eso sí fue muy importante— lo conectaron con tribus Wayúu de Carrizales y Huamayo, este último un sitio recóndito ubicado en pleno corazón de la península. En realidad, tales tribus no residían ahí sino en rancherías que cambiaban de lugar en cuanto fallecía uno de los miembros de la familia. Los Wayúu, guerreros y nómadas, acostumbraban a dejar solos a sus muertos para que alcanzaran la paz eterna. A través de los Wayúu, quienes dominaban un amplio corre-

dor desde Bahía Portete hasta Cabo Falso y Puerto Espada, logró ganar unos pocos millones negociando con marihuana prensada, que vendía a norteamericanos y cubanos.

La sinsemilla empezaba a cultivarse en Hawaii y California. Los pilotos estadounidenses habían perdido repentinamente su interés por regresar a las tierras inhóspitas de La Guajira, ya que, durante la cresta de la violencia, de cinco que se aventuraban, solo cuatro regresaban con vida a su país. Los guajiros retornaban a su tradición del contrabando de whisky y electrodomésticos. Era 1978. La bonanza de la marihuana, por la cual realmente Rodríguez Gacha nunca se interesó, tocaba a su fin. Pero a los Wayúu tenía que agradecerles que por su intermedio había conocido al cubano Luis García, Kojak, quien a su vez le ayudó a conocer, poco después, en las Bahamas, a un personaje que tendría un papel muy importante en el despegue de su negocio criminal: Carlos Lehder.

Mientras tanto, vale decir que los negocios de Gonzalo Rodríguez Gacha con los Wayúu fueron de menor calado, casi de la misma insignificante magnitud de aquellos que celebró en las minas de esmeraldas, cuando apenas era un "man" cualquiera.

LA PRINCESA SUSÚ

En *Sin amor todos somos asesinos*, Simón González se refiere a un episodio de El Man, de la siguiente forma:

Un anciano wayúu abrió la puerta de su rancho y observó, maravillado, el paisaje. A través de las rendijas de un enorme cactus se extasió en el vuelo de un alcatraz. Unas pocas nubes creaban figuras sobre el cielo azul. Un caballo blanco relinchaba, saltaba y corría como loco a lo largo y ancho de la explanada.

Por un caminito, y montando sobre un burro perezoso, apareció de improviso la princesa Susú, una adolescente de ojos dorados y pestañas negras que estaba a punto de cumplir los quince años de edad. El animal se detuvo frente al cactus. La joven aguzó el oído y escuchó los sonidos de una música lejana. A juzgar por el cambio en la expresión de su cara, no se trataba de un buen presagio.

El anciano wayúu, padre de la princesa Susú, oteó el horizonte y vio brillar en el mar la quilla de una goleta.

—¡Ya viene! —gritó el anciano wayúu.

Míster Johnson, un norteamericano alto y flaco, descendió de la embarcación. Miró fríamente en derredor. No alargó su mano para saludar.

—Todo está listo —le informó el anciano wayúu.

Varios guajiros se dedicaron luego a cargar la goleta con bultos de marihuana prensada.

Por una colina de la vecindad apareció de repente, avanzando a cien kilómetros por hora, una camioneta Ranger, de la cual descendió un hombre de

espaldas anchas, que lucía cadenas de oro y botas texanas. Era El Man.

Míster Johnson y El Man emprendieron entonces la labor de destapar, una por una, 33 maletas tipo Samsonite. Contaron los dólares y los distribuyeron. Cargados con los últimos bultos de mota, pasaban por el frente los guajiros. Ni miraban ni se agachaban a recoger los billetes.

—Míster Johnson, es mejor que se vaya ya —le dijo el anciano wayúu al norteamericano.

—¿Dónde está la bruja Pachita? —intervino El Man—. Ni yo ni míster Johnson nos iremos sin verla.

Todos se dirigieron a la rancharía cercana y entraron a una vivienda trashumante.

199
TRISTEMENTE
CÉLEBRE

—¿Qué quieren el gringo y El Man? —les preguntó la bruja Pachita.

—Pachita, tenemos un viaje y no saldremos sin su seguridad —dijo el norteamericano.

—Hasta las islas menores del Caribe vale cincuenta mil —contestó Pachita—. Pero para llegar a tu país, gringo, vale el doble.

Míster Johnson aceptó pagar el doble: los cien mil.

Una semana más tarde arribó la misma Ranger con el mismo Man en su interior.

—Coronamos —le informó El Man al anciano wayúu.

En toda la ranchería se prendió la fiesta. El whisky se bebía de noche y de día. La princesa Susú, quien acababa de cumplir los quince años, parecía ajena a la celebración. A ella solo le importaba ese potro blanco que continuaba saltando como loco bajo un cielo azul sin nubes.

—Debería venderme ese animal. Le pago lo que sea— le propuso El Man al anciano wayúu.

—Eso sí que no se va a poder —contestó el anciano wayúu—. Nos han prometido que ese caballo correrá y ganará el Gran Derby de Kentucky.